

REPORTAJE -  
SIN HOGAR Y SIN PREJUICIOS

CELIA ARCOS TORRES

María José y Paco no se conocen, pero ninguno de los dos tiene hogar.

¿Cómo son sus vidas sin llaves, cómo transcurre el tiempo sin techo ?





# Vivir en la calle en Sevilla

Historias particulares de  
un problema estructural

# *Sin hogar y sin prejuicios*

---

La calle narrada desde historias personales  
dormir, comer, sobrevivir y salir de ella

Por Celia Arcos

**M**aría José ha terminado de rociar con espray de menta el cajero donde duerme, recoge sus pertenencias, ata a su pareja de perros y a sus dos gatos en un carro de Mercadona. Como todas las mañanas, abandona el cajero antes de que llegue el director y la limpiadora, como todas las mañanas su rutina comienza antes de las ocho. “Cuando empecé en la calle hace seis o siete años dejaban muchos más bancos abiertos. Ahora, como la gente puede pagar con los móviles, cada vez son menos los que están disponibles” comenta mientras trata de callar a Rex, un pequeño Beagle de cuatro años. María José tiene sesenta años y nunca ha dormido al ras del suelo. Desde que se vio por primera vez en la calle siempre supo que debía, por su condición de mujer, protegerse en un cajero o en lugares cerrados. Según la encuesta realizada por el Instituto Nacional de Estadística a personas sin hogar en 2012, la mayoría de las PSH son hombres de nacionalidad

española, en edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta y cinco años. En el territorio español se estima que hay una media de veinte mil personas sin hogar. María José es una de las cuatrocientas cuarenta y cuatro que, según el recuento realizado en 2016 por el Ayuntamiento de Sevilla y diferentes asociaciones, vive en las calles de la capital andaluza. Algunas temporadas María José lleva el pelo de colores, es coqueta y le gusta cambiar de aspecto. A los voluntarios de las diferentes ONGs que la visitan les suele preguntar cuándo le traerán pinta labios o un poco de maquillaje. Aunque en marzo aún se sienta el frío del invierno, ella lleva sandalias “*las compré en el chino*’ dice mientras las observa y mueve los dedos de los pies al ritmo del leve aire que corre en el parque.

MAÑANA

Paco, un sevillano de sesenta y cuatro años, opta por despertarse en algún banco, bordillo o pequeño espacio que encuentre en la calle. El albergue no es un sitio familiar para él, que no haya distinción y todos compartan el mismo lugar es un inconveniente ya que, según Paco, pueden darse situaciones incómodas con personas en estado de embriaguez o drogadas. *“Es un cajón de sastre todo lo que sobra en la calle lo van metiendo allí”* señala Paco refiriéndose al albergue.

Aparece y desaparece. Su condición de persona sin hogar aparece cuando te rozan sus largas y amarillentas uñas, cuando observas con detalle sus zapatos rotos. Desaparece, su condición de sin hogar desaparece cuando hueles su aliento a café sindical, la corbata bien atada y el jersey intacto, impoluto. Paco podría pasar por uno más en la cola del supermercado, en la farmacia yendo a comprar a Ibuprofeno, en un bar preguntando amablemente si puede

utilizar el aseo, porque Paco es uno más. Su voz es suave y pausada, habla con tranquilidad y no gesticula mucho. Su espalda ha dormido en la calle, pero en sus manos reina el temperamento.

Las historias de María José y Paco confluyen, ambos se vieron afectados por la repentina muerte de sus padres y, en un cúmulo de desavenencias familiares e inconvenientes laborales acabaron viviendo en la calle. Francisco, trabajador del Equipo de Intervención en calle de Emergencias Sociales de Sevilla, sostiene que uno de los puntos más importantes a trabajar con las personas sin

hogar son los vínculos familiares. *“Una de las partes en las que se trabaja a nivel técnico es recuperando lazos familiares y la autoestima. Hay que sanear las relaciones y cuidarlas”*.

Según el VI Informe sobre Exclusión y Desarrollo Social en España realizado por FOESSA, las transformaciones producidas en el mercado laboral, en las formas de convivencia y el devenir

del propio Estado del Bienestar se consideran esferas de riesgo que afectan la capacidad integradora de la sociedad. La familia adquiere un papel protagonista en aquellas personas sin hogar con un avanzado estado de degradación moral según el informe.

*“El quebrantamiento del modelo familiar tradicional como estructura dominante ha puesto en tela de juicio el balance entre la provisión de ingresos y los cuidados anterior”*.

María José tiene primos y tíos, pero dice no querer molestarlos. Balbucea la palabra orgullo, piensa dos veces antes de decirla,

pero la acaba masticando y asimilando. *“Puede que sea por orgullo, no quiero incordiarlos”*. La familia de Paco desconoce su situación. Con el fallecimiento de su madre, dos infartos y un estado de salud delicado, decidió por motivos personales cortar la relación con ellos.

-María José, ¿has visto el perro de Emilio? se le perdió ayer y no lo encuentra.

-Que va, si estuviese por aquí se habría quedado jugando con Rex y los gatos.

-Bueno, si lo ves avísame.

Una anciana se detiene ante el carro de



Mercadona y saluda a María José. Durante la mañana aprovecha los días soleados para lavar y secar la ropa en algún céntrico parque. Por un euro, recalca con satisfacción, compra detergente “un amigo que también vive en la calle me lo recomendó, en aquella tienda lo venden muy barato, así que para que la ropa tenga un buen olor le echo un poco” . Para Paco el que la ropa esté limpia y él bien aseado es costumbre: “si lo he estado durante toda mi vida, ¿por qué no lo iba a estar, aunque viviese en la calle?” menciona haciendo referencia a su estética. Aunque, también reconoce que hay personas que descuidan mucho su aspecto y eso les repercute de manera negativa a todos.

Además del aspecto, uno de los estereotipos que pesan sobre las personas sin hogar es la drogadicción y el alcoholismo. En la última encuesta realizada en todo el territorio español por el Instituto Nacional de Estadística en 2012, el porcentaje de personas sin hogar que no consumían alcohol era del 56%. En cuanto a drogas, el porcentaje es más alto, un 63%. “Por la imagen que unos transmiten se les estigmatiza a todos” señala Francisco, trabajador de la Unidad de Intervención en Calle de Emergencias Sociales de Sevilla. “A mí no me gusta pedir dinero, ni aparcar coches, mis únicos vicios son el tabaco y el café” recalca Paco mientras pasa las páginas del último libro de ciencia ficción que está leyendo.

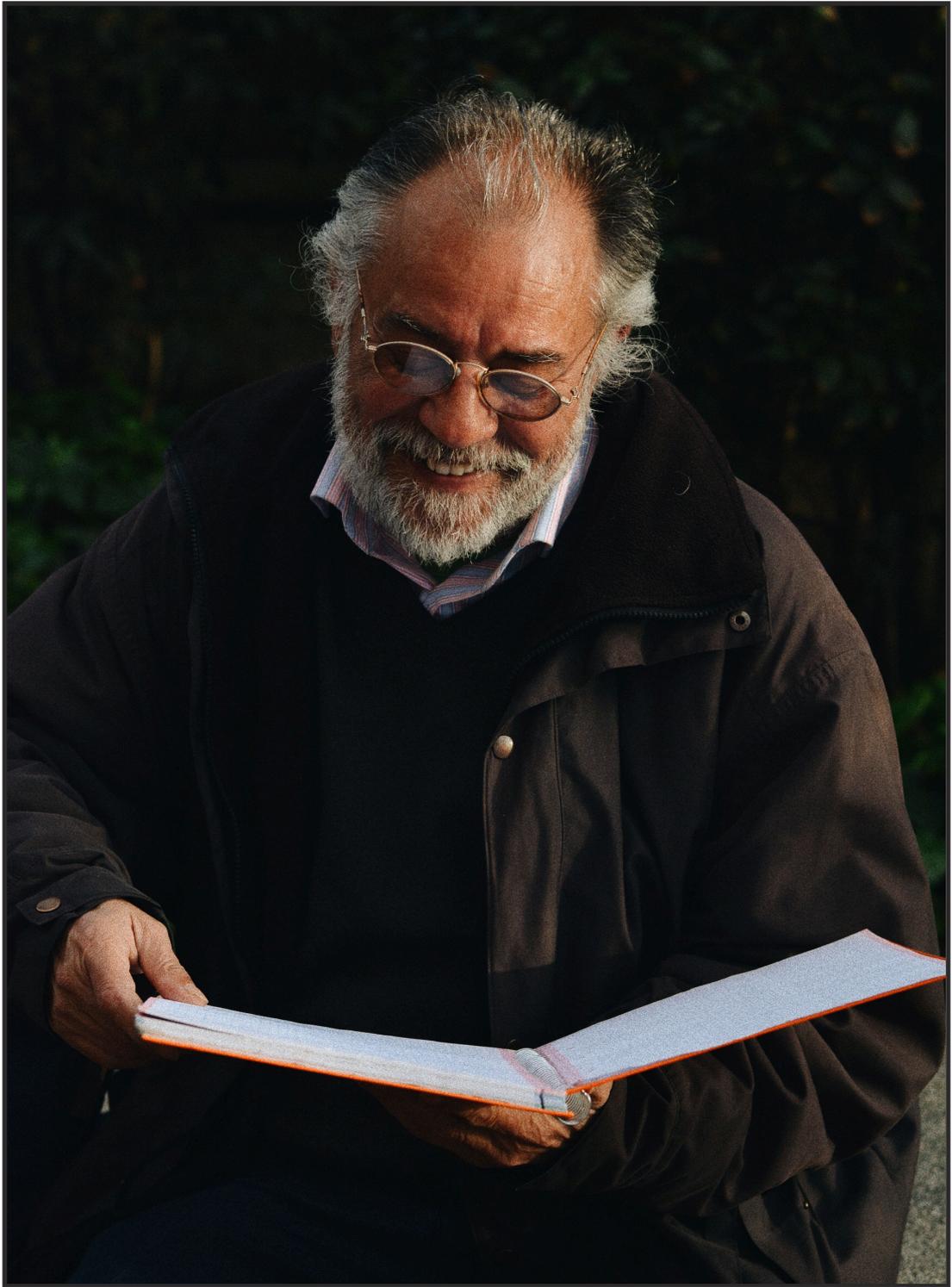
Manuel tiene sesenta años, lleva más de veinte viviendo en la

calle, encadenando albergues, bancos y trabajos esporádicos y, aunque él siga considerándose alcohólico, hace más de un año y medio que no prueba la bebida. “Una mañana me desperté en el albergue muy hinchado, fui al baño a orinar y era negro como la Coca Cola. Fui a Urgencias y me ingresaron, estuve allí durante doce días. Cuando salí me dije que aquello tenía que cambiar” .

**“ UNA MAÑANA ME DESPERTÉ EN  
EL ALBERGUE MUY HINCHADO, FUI  
AL BAÑO A ORINAR Y ERA NEGRO  
COMO LA COCA COLA.  
FUI A URGENCIAS Y ME INGRESARON,  
ESTUVE ALLÍ DURANTE DOCE DÍAS.  
CUANDO SALÍ ME DIJE QUE AQUELLO  
TENÍA QUE CAMBIAR ”**

---

Los sesenta años de Manuel son sesenta arrugas en su piel blanca, sesenta marcas de sol en la cara, sesenta grietas invisibles en sus ojos que han dejado un rojo sempiterno. Manuel habla y explica con la mirada las anécdotas inabarcables, las noches en vela en la calle. Y, mientras habla su café se derrama “muevo mucho las manos” , dice excusándose. Corre a la camarera para pedir un paño y mientras ella trata de limpiarlo él le sigue los pasos, limpia por donde antes ella limpió. “El oficio nunca se olvida” recalca. Manuel explica que si hubiese seguido con el alcohol ahora mismo no podría estar sujetando el café que tiene entre manos. Las mueve imitando el temblor que habría encauzado su vida si esa mañana al salir del hospital no se hubiese dicho “ ¡ hasta aquí hemos llegado!” . A partir de ahí, con





la ayuda de los trabajadores sociales del albergue municipal comenzó a acudir al psicólogo y a terapia.

El tridente enfermedad mental, disfunciones físicas y consumo de drogas es uno de los factores que el médico Sebastián Tornero analiza en su estudio Hospitalizaciones de Personas sin Hogar en Sevilla. *“El menor acceso a los servicios de salud y la tendencia al uso de los servicios médicos de urgencia son argumentos que apoyan el infradiagnóstico de estas enfermedades en las PSH”* . Durante sus dos años y medio viviendo en la calle, Paco reconoce haber visitado únicamente una vez el hospital por un corte. Tornero señala varios vacíos en el ámbito sanitario con respecto a la atención de personas sin hogar. Por ejemplo, señala que el diálogo entre los servicios sociales y los médicos que atienden a PSH varía dependiendo de la ‘sensibilidad del médico’ . Además, hace referencia también a la falta de una base de datos en la que se puedan interconectar las

diferentes asociaciones y herramientas para las PSH y su seguimiento pos ingreso. Para este médico sevillano es alarmante el número de personas sin hogar en Sevilla.

*“Ellos son los excluidos de los excluidos. El trato que se les ofrece en los hospitales no es el más favorable. Por su condición se pueden sentir discriminadas incluso por su compañero de habitación durante su estancia en el hospital”* .

## EL MEDIO DÍA

Con la hora de comer comienza un nuevo recorrido. Algunos días María José aprovecha algunos alimentos que ha podido comprar o que le dan los vecinos que ya la conocen. Otros, coge el carro y sus mascotas y tira de ellos hasta alguno de los comedores sociales de la ciudad hispalense ofrece.

*“Como rápido para no dejar mucho rato a los animalitos fuera en la calle, con ellos no puedo entrar en el comedor”* . Cuando la comida se la proveen voluntarios en la propia calle, estos saben con antelación que a los gatos de María José les gusta la caballa, siempre guardan un poco para ellos.

Un grupo de personas dispersas se agolpan en la puerta del Comedor de San Juan de Dios. Una mujer deja caer su brazo, cansada, en el tronco del árbol que le da sombra. Otro hombre trata de abrir la puerta con el extremo de la muleta que le sostiene el cuerpo. De lunes a viernes, Paco acude a este comedor. Las necesidades básicas quedan cubiertas de manera



semanal por las diferentes instituciones religiosas y la administración local. Para Paco, esta ayuda es solo una venda con la que estabilizar la situación de las personas que viven en la calle “no dejarnos morir de hambre” puntualiza.

La asociación Solidarios realizó un folleto informativo en el que se pueden encontrar los recursos principales disponibles en Sevilla para las personas sin hogar según sus necesidades: comidas, duchas, dormir, atención social y centros de día. El comedor del Pumarejo o el de Triana para el medio día, la Asociación Virgen de Valvanuz para ducha los martes y los jueves o el Rincón del Encuentro de RAIS para pasar el día. Esa es la rutina de Paco y puede ser algunas de las paradas diarias de las cuatrocientas cuarenta y cuatro personas sin hogar que viven en Sevilla. “Con esta rutina no perdemos la noción del tiempo, al revés, lo controlamos aún más. Por las mañanas, algunos, los que duermen

en cajeros o en la entrada de alguna tienda se tienen que despertar temprano para dejar limpiar a la limpiadora. Ahí comienza nuestro día, temprano” señala Paco.

Si Paco entiende su rutina como un recorrido hacia los diferentes servicios que le ofrecen las asociaciones e instituciones religiosas, Manuel recuerda con recelo cómo pasaba sus días en la calle. Aprieta con fuerza el café, como si de un momento a otro este se le fuese desvanecer, a escapar de las manos. Una calle sin salida, una oración sin terminar, un día que nunca finaliza, para Manuel recordar cómo pasaba el tiempo una vez ya fuera de esa rutina es un ejercicio de superación. A veces dice pasar por donde están los que eran sus compañeros del día a día, “me da pena, pero sé que no puedo quedarme mucho con ellos” .

Aunque el perfil más común es el hombre en su mayoría de nacionalidad española entre los cuarenta y cinco y sesenta y cuatro años. las personas que acuden a los comedores sociales son muy diversas, desde jóvenes y extranjeros, hasta familias completas. Después de la comida, Paco visita todas las tardes la Biblioteca Pública Ifanta Elena. Allí lee, ve películas y se resguarda del frío en invierno y del calor en verano. A veces se queda dormido, los asientos son anchos revestidos con una fina tela oscura que invita al sueño. Otras veces, es alguno de sus compañeros el que encuentra el sueño entre libros y, él cuando es la hora de abandonar la biblioteca le avisa de que deben irse.

*“Algunos se meten en los baños e intentan asearse ahí, otros como no duermen bien por las noches se descalzan y se quedan aquí dormidos” .*

En la calle hay clases, hay conocidos y desconocidos. Paco explica la jerarquía que sustenta la balanza social de los que no tienen hogar. Separando las palabras con el movimiento de sus manos, señala en el primer estamento a aquel que más tiempo lleva viviendo en la calle. Luego, en el segundo se encuentra el que ha estado en la cárcel.

*“Claro que hay clases”* afirma su cabeza con rotundidad. Para María José la línea divisoria de las clases está atravesada por una condición más natural, el género. *“Para no pasar peligro me hago la loca, les doy miedo a los hombres y no se acercan a mí. Piensan en mí como la loca del carro y así me dejan tranquila”* . María José recuerda el caso de una mujer sin hogar que fue violada en la ciudad por otras personas que también vivían en la calle. Mientras relata el suceso abre un neceser –leche de coco, señala el vóte– hunde los dedos en él y acto seguido unta en su piel lo que para ella es crema. *“Me gusta cuidarme”* reconoce con el rostro pálido por la loción.

En el año 2015, las asociaciones sevillanas que trabajan con las personas sin hogar

*“PARA NO PASAR PELIGRO ME  
HAGO LA LOCA, LE DOY MIEDO A  
LOS HOMBRES”*



alertaron de un aumento en el número de mujeres que se veían en situación de calle. Manuela y Polina son algunas de ellas. La segunda, de nacionalidad rusa, vive acompañada de su pareja sentimental, además del componente emocional la presencia de él le ofrece seguridad. Manuela cubre su condición de mujer con una estética varonil, el pelo rapado y la ropa ancha. El peligro y la vulnerabilidad se acentúan en la mujer que vive en la calle. María José a sus sesenta años ha creado y aprendido sus propios métodos de defensa, la locura.



*“SE MARGINA EN EL  
MOMENTO EN QUE NO APORTAS  
NADA A LA SOCIEDAD”*

Para Francisco, el fin último del trabajo social con las personas sin hogar es hacer de ellas mujeres y hombres autosuficientes e independientes. María José espera la respuesta de una abogada y de la burocracia sobre el recibo de una ayuda social. Un techo no es suficiente según ellos para salir de la situación de calle. Paco insiste en la necesidad de crear una red de proyectos y actividades que incentiven a la ocupación del tiempo. El autoconcepto, según el trabajador social, es esencial a la hora de dignificar

a las personas sin hogar.

En 2017, la Fundación para el Español Urgente, FUNDEU, escogió como palabra del año el término aporofobia. Del griego miedo al pobre, acuñada por la académica y filósofa valenciana Adela Cortinas. El ideario colectivo sostiene a través de palabras como mendigo, sintecho o vagabundo la imagen de dejadez, marginación o incluso peligro. Cuando habla sobre el colectivo de personas sin hogar Paco se refiere a ellos como marginados: *“Se margina en el momento en que te conviertes en una persona que no estás aportando nada a la sociedad. En una sociedad que valora el dinero, si no tienes ingresos no tienes nada, eres la escoria y las sobras”*. En cambio, María José escoge mendigos. *“Hay que ayudarlos a mejorar el autoconcepto. Todos somos iguales, la diferencia es que su situación les ha llevado a estar en la calle. Trabajamos para empoderarlos”* señala Francisco.

Si bien durante el día las personas sin hogar se rigen por una rutina establecida por sus necesidades básicas, acudir al comedor social, al ropero o a las duchas, cuando llega la noche la necesidad se convierte en la búsqueda de un lugar donde dormir. Durante dos etapas al año, el Ayuntamiento de Sevilla pone en funcionamiento las respectivas campañas de invierno y de verano. En el caso de Sevilla, las temperaturas obligan durante estos meses que los servicios sociales implementen más ayudas. Durante la campaña de invierno 2017-2018, el Albergue Municipal aumentó en un 20% sus plazas, además de ciento veinte plazas en pisos, según datos del Ayuntamiento. Aquellos que optan por dormir en las calles sevillanas lo hacen de diferentes maneras. En el entramado de relaciones personales de los hombres y mujeres sin hogar están los que escogen dormir acompañados, en su mayoría las mujeres lo hacen de otros hombres por una mayor seguridad, las personas de mayor edad suelen permanecer juntas y aquellas que tienen alguna enfermedad mental tienden a dormir solas. Entender el problema del sinhogarismo en términos de exclusión residencial significa abandonar la visión del mismo como una cuestión



de desarreglo personal y de desadaptación individual [ ¿ QUIÉN DUERME EN LA CALLE: 14 ], el hecho de carecer de vivienda física no es un obstáculo ni para María José ni para Paco en la realización de sus rutinas más básicas: marcar los tramos horarios, ducharse, lavar sus prendas...etc.

## LA NOCHE

Por la noche, a la hora de volver a casa Manuel toca su bolsillo, siente el filo de las llaves, saca la mano de él y vuelve a ponerlas en la mesa. Seguridad, es la sensación que siente al poder tener unas llaves que le abran la puerta de una casa donde poder dormir. La calle es muy dura, repite constantemente. Es de noche y la rutina acaba o comienza. No buscan, porque ya los tienen reservados, los lugares callejeros para dormir. Algunos pernoctan en el Albergue Municipal, otros en algún cajero que con suerte encontraran abierto y el resto en la calle. María José

prepara para la mañana siguiente el spray con el que, una vez más, camuflará el olor a gatos y perros. Paco recuerda antes de dormir la página en la que detuvo su historia de ciencia ficción. Para los que comenzaron la rutina de sus vicios al término de la mañana, la noche es el viaje de retorno para su cuerpo, el momento en el que poder descansar los dolores de cabezas y las resacas sempiternas. Hay voces más altas y más alcohol en las venas. También hay ojos cansados y droga pulverizada. Aquellos para los que su rutina carece de vicios más allá del café y tabaco, como la de Paco, la noche no es más que la prolongación del día con sueño. Su condición de personas sin hogar sigue latente.

María José y Paco optaron por no pernoctar en el Albergue Municipal. Cuando su madre falleció, Rex, el cachorro que le habían regalado María José apenas tenía unos meses, pero eso ya le impidió acudir a los servicios nocturnos municipales. Ahora, acostumbrada a dormir a la calle, prefiere convivir durante el día y la noche con sus mascotas que tener más libertad de movimiento y poder entrar en estos recursos. En el caso de Paco, como mencionaba al comienzo, el propio espacio para dormir no le gusta. Aun así, eso no le impidió durante las veces que optó durante su comienzo en la calle a acudir al Albergue Municipal ayudar en la construcción de la biblioteca.

Cuatrocientas cuarenta y cuatro personas carecen de un hogar en Sevilla. La mitad duermen en la calle. El día en que murieron las madres de María José y Paco la calle dejó de serles un lugar de transición, el medio para el fin, la avenida o la acera por la que caminar hacia casa y, pasó a convertirse en el fin propio, la estancia el ser y estar sin hogar.